

¿CUAL ES TU RUMBO?

Hay un pequeño libro de orientación psicológica que tiene un título muy peculiar: “**Si Usted No Sabe a Donde Se Dirige, Probablemente Terminará en Otro Lugar**”. Uno de los principios fundamentales en la vida de todo individuo es tener una meta. Sin metas no hay dirección. En general, las metas nos ayudan a operar con mayor efectividad porque nos obligan a planificar anticipadamente y nos motivan a progresar hacia el resultado deseado.

La vida espiritual no es la excepción. La vida en Cristo sin una meta definida es como un barco a la deriva: sin dirección, llevada por las olas y donde sople el viento. Hoy está en un lugar y mañana está en otro. Tal vez, el fracaso espiritual de muchos cristianos mediocres y ex-cristianos se deba, en parte, a la carencia de un buen blanco hacia donde apuntar, de una meta definida.

Lamentablemente, muchos cristianos “existen” (en las listas oficiales de las congregaciones), pero no viven espiritualmente (no tienen vida espiritual en sí mismos). A finales del primer siglo Judas, el medio hermano de Jesús, habla de cristianos que eran “*nubes sin agua, llevadas de acá para allá por vientos, árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados...*” (**Judas 12**).

Observe la descripción. Estos cristianos que describe Judas son como las nubes sin agua que están a la merced del viento. No están estacionadas, carecen de firmeza, son movidas por el viento con facilidad (observe la similitud con el lenguaje que usa Pablo en **Efesios 4: 14** y Pedro en **II Pedro 2: 17**). Además estos cristianos se asemejan a árboles otoñales, sin hojas, sin fruto, sin ningún uso. No sólo tienen apariencia de mortandad, sino que realmente están muertos. ¡Qué perspectiva la que nos presenta Dios en Su santa Palabra! Estos cristianos no saben el rumbo que llevan, pero la Palabra lo revela de antemano. Hablando de este tipo de cristianos “indoctos e inconstantes” (mejor dicho, “ignorantes e inestables”, **II Pedro 3: 16**), Judas dice: “...*para los cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas*” (**Judas 13**).

Después de leer los pasajes arriba citados vale la pena preguntarnos: ¿cuál es nuestro rumbo? La respuesta depende mayormente de cual sea nuestra meta. La meta de Pablo era ser semejante a Jesucristo (**Filipenses 3: 10; Gálatas 2: 20; I Corintios 11:1**). Pablo predicó que el propósito de la instrucción es que crezcamos “*hasta llegar a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto a la medida de estatura de la plenitud de Cristo*” (**Efesios 4: 13; I Timoteo 3: 15-17**). La meta de la predicación y enseñanza de Pablo era que los seres humanos no solo se conviertan, sino también crecieran hacia la meta de ser como Cristo (**Romanos 8: 29; Gálatas 4: 19; Colosenses 1: 28-29**).

A muchos les parece una meta imposible ser como Cristo y en cierta forma lo es. Pero por el hecho que nos parezca imposible no significa que no debemos intentarlo. Es la única manera de crecer espiritualmente sin estancarnos. Así jamás correremos el riesgo de creernos perfectos y estaremos en posición de admitir nuestros errores y defectos. También estaremos más dispuestos a reconocer nuestra necesidad de crecer espiritualmente. El crecimiento viene como resultado de aceptar el desafío de ser semejantes a Jesucristo. ¿A que más podemos aspirar?

Compare lo que dijo Judas acerca de los cristianos inestables que andan de aquí para allá con la siguiente descripción que hace Pablo del cristiano que está anclado en la Palabra de Dios y creciendo hacia la meta del supremo llamamiento de Dios en Cristo: *“Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu” (II Corintios 3: 18; NVI)*. ¿Cuál descripción le aplica mejor a usted? Espero que por amor a su alma, se detenga a reflexionar sobre su actual condición espiritual. Vale la pena hacerlo.